



La Caja  
Books

# **EL AMOR HA SIDO MI ÚNICA CULPA**

Sobre las mujeres  
de la antigua Unión Soviética

**\_ Małgorzata Nocuń**

Traducción de Agata Orzeszek y Ernesto Rubio



La Caja **CAJA**  
Books — **ALTA**

*El amor ha sido mi única culpa. Sobre las mujeres de la antigua Unión Soviética*

Primera edición: febrero de 2025

© del texto: Malgorzata Nocun

Publicado originalmente en polaco con el título

*Miłość to cała moja wina. O kobietach z byłego Związku Radzieckiego*  
por Wydawnictwo Czarne en 2023.

© de la traducción: Agata Orzeszek y Ernesto Rubio

© de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Raúl E. Asencio

Diseño de la colección: Setanta

Corrección: Leticia Oyola

Maquetación: Esperança Martínez

© La Caja Books

www.lacajabooks.com

info@lacajabooks.com

ISBN: 978-84-17496-97-5

Depósito Legal: V-4418-2024

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.



Este libro ha sido publicado con el apoyo del Programa de Traducción Polaco [© Poland Translation Program].

## Índice

p. 9	De no ser por ellas, aquí no habría nada
p. 17	I. LAS HIJAS DE LA GRAN GUERRA PATRIA
p. 19	El tiempo nos reclama
p. 30	Qué fácil es morir
p. 40	Soy una sombra
p. 46	Los encendedores
p. 51	Librarse de la sensación de agonía
p. 53	24-02-2022
p. 59	II. EN EL PAÍS DEL GULAG Y LOS PSIQUIÁTRICOS
p. 61	«Mi dirección es la Unión Soviética»
p. 73	Año 1956. El amor ha sido mi única culpa
p. 85	Año 1968. El aire robado
p. 104	Me he dado cuenta de que estamos haciendo algo grande
p. 119	III. LA CAÍDA DEL GRAN PAÍS
p. 121	Los míseros noventa
p. 143	Galina Starovóitova. Hay que levantar el auricular y llamar
p. 154	Feministas, revolucionarias, madres
p. 162	A Uliánovsk llega un tren de agitación y propaganda
p. 170	Madres de soldados
p. 189	IV. OTROS MUNDOS
p. 191	Las nueras
p. 196	Adiós a la <i>femme fatale</i>
p. 204	Tú, lesbiana
p. 208	Muerte en el fuego
p. 214	M. escucha a Alá y obedece la ley
p. 224	El <i>koshogo</i>
p. 235	Mujer intacta
p. 237	EPÍLOGO

*A mi abuela Kunegunda*

*A mi madre Ewa*

**De no ser por ellas,  
aquí no habría nada**

—Siéntese, por favor. —Svetlana Kalínkina me señala una silla al otro lado de la mesa.

La redacción ocupaba varias estancias en los sótanos de una antigua casa de vecindad situada en el 34 de la calle Engels en el centro de Minsk. A través de un cristal sucio penetraba el sol. El invierno, excepcionalmente severo aquel año, se alejaba a pasos agigantados. Cerca de la calle Engels se encuentra la sede de la administración del presidente Aleksandr Lukashenko. Así que Luka tiene siempre a la vista a los periodistas de la *Naródnaya*.

—¿Sobre él? —soltó Kalínkina como si me adivinara el pensamiento—. ¿Vamos a hablar sobre Lukashenko?

Asentí. Kalínkina es biógrafa de Lukashenko, y ya estaba cansada de contestar a las mismas preguntas. Dijo:

—¿Sabe usted qué? ¡Hay que escribir sobre otras cosas! —El tono de su voz se volvió más firme. Tal vez incluso un poco profesoral—. Hay que escribir un libro sobre las mujeres del territorio postsoviético. ¡Es imprescindible! De no ser por ellas, aquí no habría nada. Los hombres lo alcanzaron todo subidos a sus espaldas.

—Lo sé —respondí.

Siempre he sentido una admiración sincera por las mujeres de los países postsoviéticos. ¿Cuántas heroínas así he conocido? Sabía que también

Kalínkina era una de ellas, aunque nunca tuve el valor de preguntarle por su vida privada. Nuestra relación tenía un carácter meramente profesional. Ni siquiera nos tuteábamos. Seguro que no lo tuvo fácil: crio sola a un hijo enfermo; su amigo y colaborador Pável Sheremet emigró a Ucrania, y ella era vigilada por los servicios secretos en el trabajo. Como editora de un periódico opositor, uno de los dos que hay en Bielorrusia, caminaba siempre sobre el filo de la navaja. ¿La detendrían o la dejarían en paz? ¿Y si hostigaban a su hijo?

—Lo sé—es lo único que alcancé a decirle a Kalínkina.

Desde aquella conversación han pasado diez años. Durante este tiempo he viajado por el territorio postsoviético y a cada paso me he encontrado con historias no contadas de mujeres. Las he ido recopilando y ordenando con la esperanza de escribir sobre ellas algún día.

Cuando cayó la Unión Soviética y en el enorme territorio que ocupaba, imperaron la crisis económica y el hambre; cuando fueron estallando las guerras (pues la caída del Imperio despertó identidades nacionales y los conflictos militares dormidos), ellas apretaron los dientes y decidieron sobrevivir. Sobrevivir contra viento y marea. No se tiraron por la ventana ni se abandonaron al vodka. No se echaron a llorar. No se lamentaron de que la vida había llegado a su fin y de que todo había perdido definitivamente el sentido. No dijeron que el orgullo no les permitía, así de repente, de un día para otro, abandonar su escritorio en una empresa estatal y dedicarse al trabajo físico. La científica barría las calles. La violinista de la Filarmónica de Moscú se plantaba con su instrumento en un paso subterráneo o en una estación de metro. Abría el estuche y agradecía con un gesto cuando algún transeúnte dejaba caer unos rublos o algún caramelo para el niño. Pasados unos momentos, se podía reconocer una pieza de Shostakóvich.

Las mujeres comerciaban. Catedráticas, médicas, enfermeras, funcionarias y profesoras se convertían en vendedoras. Su seña de identidad era una bolsa de arpillera a cuadros rojos y azul marino. Muy grande. Con asas largas y cremallera. Tan repleta que las costuras estaban a punto de reventar. Tan pesada que era imposible levantarla del suelo. A veces dos mujeres llevaban una bolsa, cada una agarraba un asa. O bien colocaban la bolsa sobre un carrito y la ceñían con una goma con ganchos. Llevarla

era fácil, lo complicado era subir con ella las escaleras, pero las subían, porque no tenían otro remedio.

Viajaban con esas bolsas en autobuses, en *marshrutkas* [colectivos] que recordaban desvencijadas chozas sobre ruedas, en trenes... Durante días y noches. A veces incluso durante más de una semana. En vagones sin compartimentos, porque eran, y siguen siendo, los más baratos. Apretadas como sardinas en lata, respirando un aire viciado (a menudo no se podían abrir las ventanas) y un olor nauseabundo (a comida recién ingerida, alcohol recién consumido y cuerpos sin lavar). Viajaban del Cáucaso, de Rusia, de Ucrania, de Bielorrusia y de Moldavia a Polonia, Chequia, Hungría...

Metían en esas bolsas las pertenencias de toda una vida: la plata de la familia, las joyas, la porcelana, los libros, los samovares, las máquinas de escribir... Exprimidores soviéticos, piezas de motores de coches, tensiómetros e incluso viejas fotografías familiares en blanco y negro. Vendían todo aquello que les permitiera conseguir dinero contante y sonante con el que alimentar a sus hijos. A veces ocurría que en las fábricas en liquidación se pasaban meses pagándoles en especies: en lugar de salario recibían una veintena de juegos de ropa de cama (si trabajaban en la industria textil), varios juegos de ollas (si su lugar de trabajo era una fábrica de esmaltes) o algunos microscopios (si estaban empleadas en la producción de ese tipo de lentes). Con todo aquello se plantaban en los mercadillos de países donde se vivía «un poquito mejor». A veces, su manera de vestir —un gorro de piel, una zamarra de cordero con cuello y puños de piel, unas botas de cuero— recordaba la relativa prosperidad que habían perdido. Un mundo más tranquilo y previsible. Colocaban sus puestos en los mercadillos Tandeta y Nowy Kleparz de Cracovia. Esos puestos forman parte de mi infancia. Allí acudía mi padre. Compraba un montón de objetos inútiles para ayudar aunque fuera un poco a los llegados del Este y preguntaba por la situación en las antiguas repúblicas soviéticas. Le apasionaba aquella parte del mundo. A las comerciantes las llamaban «rusas», aunque entre ellas también había ucranianas, bielorrusas, tayikas, uzbekas, lituanas, armenias, georgianas...

Cierto tiempo después, fui yo quien empezó a viajar a los lugares desde donde en los años noventa los «rusos» venían a Polonia. Escribí

sobre temas relacionados con la política, la cultura, la historia y los cambios sociales. Las mujeres de la antigua Unión Soviética me fascinaron. Recopilaba sus historias, al igual que los etnógrafos recopilan las letras de las antiguas canciones populares. Me preguntaban: «¿A quién le interesa eso?». Decían: «Es aburridísimo, no son más que vidas comunes y corrientes». Me reuní muchas veces con las mismas mujeres. Observé cómo se transformaba su vida en medio de la cambiante realidad política. Al fin y al cabo, Postsovietlandia es un tejido vivo surcado de revoluciones. A algunas de esas mujeres las he convertido en protagonistas de este libro. Viven inmersas en el patriarcado extremo, en la miseria, en la falta de cualquier derecho, y a menudo en la violencia doméstica. Entre ellas hay políticas y periodistas combativas. Como Kalínkina, a la que en el verano de 2016 asestaron un nuevo golpe cuando su íntimo amigo Pável Sheremet fue asesinado en Kíev. El coche del periodista saltó por los aires. No se encontró a los autores. A quien más atención he dedicado es a las mujeres que sufren miseria y persecución. Por supuesto, también conocí mujeres ricas y de éxito, pues en el Este también existe la opulencia y el lujo, pero sus historias no se me quedaron grabadas en la memoria. Muchas de las protagonistas aquí descritas se convirtieron en disidentes, en políticas y en defensoras de los derechos humanos. Seguramente esto no habría sido así si la realidad soviética no hubiese dejado un estigma en sus vidas. Seguirían siendo *solo* científicas, médicas, madres. La kátorga a la que fueron condenadas, la cárcel a la que fueron a parar, el asesinato político de su pareja o de su hijo las obligaron a comprometerse en la lucha social. Las empujaron a reivindicar los derechos humanos. ¿Quién habría sido Galina Starovóitova, la política demócrata liberal rusa, si no hubiera escrito a sus amigos armenios una carta en la que expresaba su preocupación por el incipiente conflicto por el Alto Karabaj y no les hubiera brindado su apoyo? ¿Quién habría sido Natasha Gorbanévskaya, poeta y disidente soviética, si en 1956 un impulso no la hubiera empujado a salir a la Plaza Roja en protesta contra la invasión soviética de Hungría?

Un libro sobre las mujeres suscita preguntas sobre los hombres. Si escribo que las mujeres decidieron sobrevivir contra viento y marea, no tirarse por la ventana ni abandonarse al vodka ni lamentarse, ¿acaso doy a entender que los hombres se rindieron ante el destino? ¿Que no mostraron

ninguna capacidad de reacción? ¿Que cayeron en la depresión y ahogaron sus penas en alcohol? ¿Que no cometieron heroicidades? Al fin y al cabo, fueron ellos los que combatieron en las guerras y defendieron sus familias y su tierra. Fueron ellos, en su mayoría, los condenados a la kátorga y los que trabajaron de sol a sol. Sí, es verdad, pero sobre los hombres ya se ha escrito mucho. Mientras que a las mujeres del Este se les sigue prestando demasiada poca atención. A menudo me reunía con los protagonistas de mis textos en sus casas. Un hombre y su mujer me daban la bienvenida en el umbral. Él se repantingaba cómodamente en el sillón. «¿De qué vamos a hablar entonces?», preguntaba retóricamente, puesto que el tema ya lo habíamos acordado en la conversación por teléfono. Ella, antes de desaparecer en la cocina, preguntaba: «¿Café o té?». El marido peroraba. A veces la mujer hacía un inciso, añadía algún detalle o decía algo sobre ella misma. Pues la historia también le atañía a ella. «Querida, saca un poco más de azúcar», se oía entonces decir al hombre. En esos momentos fui consciente de que las historias de las mujeres me interesaban mucho más que las de los hombres. Las mujeres recuerdan los detalles de los acontecimientos. Por ejemplo: «Los días eran cada vez más cálidos, pero yo todavía llevaba un grueso abrigo rojo. Mi favorito». También recuerdan lo que sentían: «Se apoderó de mí el miedo. Presentía que algo muy malo iba a ocurrir. Mi vida parecía haberse detenido». Los hombres se sirven de las fechas, de los hechos: «Corría el año 1956. En la Unión Soviética comenzaba el deshielo. Durante el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, Nikita Jrushchov...».

También hay otra cuestión. En el territorio postsoviético el alcoholismo es un fenómeno extendidísimo que afecta sobre todo a los hombres. En muchos países de la antigua URSS, las mujeres desempeñan los trabajos físicos más pesados porque sus parejas, sumidos en el vicio, no son capaces de hacerlo. Tomemos como ejemplo Bielorrusia. Según datos de la Organización Mundial de la Salud, Bielorrusia se encuentra entre los países con mayor consumo de alcohol de alta graduación por habitante. Precisemos: beben sobre todo los hombres (alrededor de dieciocho litros de alcohol puro por persona al año). Son ellos los que más a menudo se ven hospitalizados a causa de intoxicación etílica. Merece la pena añadir una cosa más: en Bielorrusia florece la producción de aguardiente casero



mientras que los datos de la OMS solo abarcan el alcohol fabricado y vendido legalmente. La debilidad por el alcohol se fortalece en los momentos de turbulencias históricas. Y estas, en el territorio de la antigua URSS, desde hace tres décadas no dan tregua.

«¿Qué te parece, quién tira del carro en esta vida?», he oído decir a mujeres que viven en Europa del Este. Pedían la vuelta a las proporciones, o sea, a la división de las obligaciones. Y también querían ganar visibilidad.

El recuerdo de la conversación con Kalínkina cobró aún más importancia para mí tras el ataque de Rusia sobre Ucrania. Las mujeres volvieron a convertirse en heroínas. Las ucranianas marcharon al frente o huyeron con los hijos del infierno de la guerra con solo unas grivnas en el bolsillo y una bolsa de plástico con comida. Las rusas, por su parte, no pueden contar con que les devuelvan los cuerpos de sus hijos caídos en el frente.

## I

# Las hijas de la Gran Guerra Patria

## El tiempo nos reclama

El relato sobre las mujeres de Postsovietlandia hay que empezarlo por la Segunda Guerra Mundial, ya que por los vasos sanguíneos de este territorio circulan, cual partículas de hemoglobina, las historias de la guerra. La recuerdan los nombres de las ciudades, pueblos, asentamientos, plazas, calles y parques postsoviéticos: Héroes de Leningrado, Zoya Kosmodemiánskaya (partisana del Ejército Rojo), Victoria, Ejército Rojo, Defensores de Stalingrado, Partisanos, Batalla de Stalingrado... La guerra forma parte del genotipo de los habitantes de Europa del Este. Sueñan con ella, incluso las mujeres que nacieron una vez finalizada. Porque de la guerra se oye hablar desde la infancia. Se heredan recuerdos de bisabuelas y abuelas. Con el paso del tiempo, se los considera casi como propios.

Al empezar a trabajar en este libro, no me imaginaba que una guerra, en gran medida convencional, pudiera regresar a Europa. Sin embargo, el orden de postguerra quedó destruido de una vez para siempre el 24 de febrero de 2022. Rusia atacó a Ucrania. Los lanzamisiles y los carros blindados se pusieron en marcha, los buques de guerra lanzaron andanadas. Las bombas cayeron sobre las ciudades ucranianas y en ambos lados murieron militares y civiles. Con cada semana, la guerra ganaba en intensidad. Y en crueldad. En Bucha, un pueblo donde vivía un amigo y donde se resistía siempre a volver tras tomar unas cervezas en Kíev, los soldados rusos asesinaron a la gente de un tiro en la cabeza. Los cuerpos

los lanzaron a sótanos y pozos. Fosas comunes. Las ciudades ucranianas fueron cercadas por las tropas rusas. Mis amigas y colegas me escribían desde Kíev: «Estoy viviendo todo aquello que me contó mi abuela. Mi febrero de 2022 es su junio de 1941». «Están bombardeando Kíev. La última vez que las bombas cayeron sobre nuestra ciudad fue en 1941». «En aquel entonces mi abuela se escondía en el refugio, ahora soy yo quien se esconde allí». Las mujeres que en 1941 partieron para el frente no usan el calificativo de «Segunda Guerra Mundial», hablaban de la Gran Guerra Patria, porque así fue como la propaganda estaliniana definió la lucha que la Unión Soviética libró contra el invasor nazi. En buena parte de Europa del Este, esa guerra (a la cual las envió la patria soviética) es como una religión. El mito fundacional de la estatalidad contemporánea. Las mujeres creen en *Pobeda* (es decir, en la Victoria) como quien cree en Dios. Para rendir el debido homenaje, escriben esa palabra siempre con mayúscula.

He conocido a muchas veteranas. En los años noventa y a principios del siglo XXI se fueron convirtiendo en heroínas de una época pasada. Las mujeres que lucharon en la guerra gozaban oficialmente de respeto, pero en las conversaciones privadas tenían que oír los displicentes calificativos de «abuelas» y «ancianas». A veces las imitaban burlándose. Vivían en medio de la miseria, viejas, encorvadas, con ropa usada y zapatos desvencijados, desdentadas, musitaban: «Nuestra lucha. Nuestra victoria». Las burlas las empujaban a los brazos de los comunistas, las acercaban a movimientos, partidos y organizaciones radicales dirigidos desde Moscú, como, por ejemplo, el Bloque Natalia Vitrenko en Ucrania. Las vi marchar por Jreschatik en Kíev o en la Plaza Roja de Moscú portando banderas rojas con la hoz y el martillo. No encajaban con la nueva faz de aquellas ciudades modernas. Frente a los restaurantes de lujo de *sushi* y tiendas de Armani resultaban ridículas.

Algunas veteranas olvidaron —o tal vez más bien reprimieron— la verdadera experiencia de la guerra. Recordaban una historia oficial falseedada y creada por ellas mismas. Es el caso de Olga.

Me reuní con ellas varias veces en Lvov. Charlamos durante horas. Aunque fue hace muchos años, sigo recordando su rostro y su manera de gesticular, así como el interior de su piso en la vieja casa de vecindad. El

chirriante parqué de roble, las amplias ventanas, los muebles viejos. El tiempo no logró que Olga se abriera ante mí. Lo que sí abría era un grueso cuaderno en el cual, con letra diminuta, línea tras línea, había anotado sus recuerdos. Leía: «El día X a la hora Y, la división Z llevó a cabo [...]. De resultas de su acción el enemigo sufrió bajas en número...». Eran recuerdos de plástico. Sin sombra de emoción. Recordaban a una conferencia de historia militar. Aquel cuaderno cuadriculado era sagrado para Olga. Terminada la guerra, lo guardó en el bolso y lo llevó de escuela en escuela. Daba «clases de patriotismo», o sea, contaba a niños y jóvenes la lucha del Ejército Rojo contra el invasor nazi.

¡Cuántas de esas historias correctas y de plástico no habré escuchado! De enfermeras de hospitales de campaña con batas almidonadas que acompañaban a los dolientes soldados. De valientes mujeres soldado que no albergaban ninguna duda ni dilema. De camino al frente se sentían elegidas, afortunadas.

De Olga no aprendí nada sobre la guerra de las mujeres. Al escucharla no sentía nada. Olga se limitaba a subrayar que las mujeres siempre cumplían las órdenes del comandante y que eran valientes. Plantaban cara a las balas, no tenían miedo.

Un día en la cocina, mientras preparaba un té, dejó caer que su primer hombre la había abandonado. Un gran amor de la época del frente. Se marchó a Kíev y allí se casó, mientras que ella se estableció en Lvov. Esas pocas frases las pronunció en un tono completamente distinto. Fue un breve momento en que se permitió ser sincera.

El hijo de Olga, al oír que su madre llevaba varios días reuniéndose con una periodista de Polonia, preguntó si podía intercambiar conmigo unas palabras.

—¿Sabe usted?, mi madre es una víctima de esa guerra. Es una damnificada del sistema soviético. Un producto de su época —dijo—. Luchó en la guerra, arriesgó su vida y cree sinceramente que el Ejército Rojo trajo la libertad a Europa del Este. Compréndala. Nosotros, es decir, mi generación, ya sabemos que son mentiras; nosotros ya pensamos de forma diferente.

El hijo de Olga era un hombre de negocios. Sabía ucraniano, idioma del que Olga decía: «Una lengua de campesinos, no puedo ni escucharla».

Filtraba cada relato de su madre, separando la propaganda de la verdad. Hacía hincapié en que las mujeres como ella no eran otra cosa que carne de cañón.

La Unión Soviética fue uno de los pocos Estados del mundo que incluyó a las mujeres en sus tropas regulares. Fueron al frente con los hombres. Les rapaban la cabeza y les daban uniformes y botas militares. Les entregaban armas. Las instruían de prisa en el arte de disparar y conducir vehículos militares. En la guerra no existían tareas «inadecuadas para las mujeres». Así que eran francotiradoras, partisanas...

Tuvieron que olvidar la maternidad. Los hijos los confiaban al cuidado de familiares o los dejaban en orfanatos. En esa guerra la feminidad era signo de flaqueza y los productos de limpieza personal se consideraban un capricho. Cuando tenían la regla, el pantalón del uniforme se empapaba de sangre y ellas se morían de vergüenza. No era propio de una soldado.

En Uliánovsk (una ciudad a orillas del Volga en el suroeste de Rusia) dicen que Nadia es una activista veterana. Es una figura conocida en la ciudad. Dirige el club local de veteranas. Hablé con ella largo y tendido. En nuestros primeros encuentros participaba una joven licenciada en Periodismo. La delegó una trabajadora del Ayuntamiento de Uliánovsk. Seguramente quería que durante las entrevistas no se oyera ninguna palabra inconveniente. Al cabo de unos días me pareció que no sacaría nada de aquellas conversaciones. Entonces Nadia pronunció esta frase: «En el umbral de la muerte, la juventud regresa a la persona».

Nadia quiere huir de los recuerdos de la guerra, pero no lo consigue.

La guerra regresa en sueños. Es como si Nadia estuviera sentada ante una gran pantalla y alguien proyectara en ella la historia de su vida. Fotograma tras fotograma. Nadia «mira» esa película y teme que está a punto de morir. Que esta vez, cuando cargue a sus espaldas a un soldado herido, alguien le disparará. La bala la alcanzará y caerá al suelo. Y así irá muriendo bajo el peso del cuerpo del herido. Le faltarán fuerzas para levantarse. Morirá de la peor manera posible: asfixiada.

La guerra regresa en las celebraciones del Día de la Victoria. Todos los años recibe una invitación al desfile militar en Uliánovsk para marchar el 9 de mayo en la columna de veteranos y veteranas. Cada año son menos:

solo queda un puñado. Ha venido la televisión local. Quieren grabar un reportaje de cómo conduce un coche. Le piden que saque del armario la chaqueta, que prenda en ella las medallas de guerra y que se siente al volante. Hace un año, el periodista la sentó en su Volga. Ella dudó durante un momento. Tiene ya casi noventa años. Pero ajustó los espejos, giró la llave de contacto, soltó el freno de mano, pisó el embrague, metió la primera y luego la segunda. Y echó a rodar. Emitieron el reportaje en las noticias de la noche.

Antes de la guerra, Nadia y sus padres vivían a las afueras de Uliánovsk. Con siete años empezó a trabajar en el koljós, su tarea consistía en lavar las coles y zanahorias. Le gustaba el olor a tierra. Para percibirlo esperaba al final del invierno. Recorría entonces los campos. Aspiraba el olor a podrido y a humedad. Observaba cómo el mundo se despertaba a la vida. Buscaba los brotes de las plantas que se abrían paso a través de la tierra helada.

—¿Que cómo era nuestra vida? —Nadia responde con una pregunta a mi pregunta—. Buena. Tranquila. Aparentemente había estalinismo, represalias, purgas masivas, pero a nosotros nadie nos tocó. El terror no nos alcanzó. Solo mucho tiempo después se empezó a hablar de los crímenes de Stalin. Teníamos un pequeño huerto al lado de casa, mis padres cultivaban patatas, tomates, pepinos... Las gallinas se sentaban en el palo del gallinero y ponían huevos. Había una vaca que mi madre ordeñaba a primera hora de la mañana. Luego batía la leche para hacer mantequilla o la dejaba en una cazuela de barro tapada con un trapito para obtener nata. Mis padres, tártaros, me transmitieron la fe en Alá y me enseñaron tártaro. En casa solo se hablaba en esa lengua, el ruso lo aprendí en la escuela. Recuerdo cómo mi padre desplegaba en la habitación una alfombra con un mihrab. Se arrodillaba, dirigía el rostro hacia La Meca y plegaba las manos para la oración. Hacía reverencias. El Estado soviético me enseñó mi segunda fe: la fe en el comunismo. Primero fui pionera, después *komsomola* y, estando en el frente de la Gran Guerra Patria, ingresé en el Partido. Ahora me da la impresión de que creo más en Dios.

Cuando estalló la guerra, Nadia era una adolescente que en nada recordaba a una mujer madura. Era baja y delgada, tenía un rostro delicado y el pelo rubio corto con raya a un lado.